

una mirada humana no hubiese ni siquiera percibido, pero ellos sí. Había, entre los otros, el ideador de los tardígrados, quien andaba por allí con un minúsculo álbum de bocetos grandes como ojos de mosquito; y pretendía que los demás apreciasen la gracia de aquellos futuros animalitos, vagamente parecidos, en silueta, a los cachorros de oso; pero nadie le hacía caso. Menos mal que el Omnipotente, a quien nada se le escapaba, le guiñó el ojo, lo que equivalía a un entusiasta apretón de manos, y que le dio grandes alientos.

Hubo un vivo altercado entre el proyectista del camello y el colega que había imaginado el dromedario, por pretender cada uno de ellos que la primera idea de la joroba era suya, como si fuese quien sabe qué hallazgo. Camello y dromedario dejaron a los circunstantes más bien fríos; por lo general, los animales fueron juzgados de pésimo gusto. De todos modos aprobaron el examen, aunque fuese con apuros.

La propuesta de los dinosaurios provocó una verdadera andanada de objeciones. Un aguerrido escuadrón de ambiciosos espíritus desfiló en parada, sosteniendo en altísimo caballete los gigantescos diseños de aquellas poderosas criaturas. La exhibición, eso es innegable, causó cierta sensación. Sin embargo, resultaba hasta demasiado claro que los animalotes eran exagerados. A pesar de su estatura y corpulencia, era improbable que durasen mucho tiempo. Pero, para no amargar a los bravos artistas, que tanto empeño habían puesto en ello, el Rey de la Creación les concedió el *exequatur*.

Una estrepitosa carcajada general acogió el diseño del elefante. La largura de la nariz parecía efectivamente excesiva, incluso grotesca. El inventor objetó que no se trataba de una nariz, sino de un arnés especialísimo, para el cual proponía el nombre de proboscidio. El vocablo gustó, hubo algún aplauso aislado, el Omnipotente sonrió. Y también el elefante aprobó el examen.

Inmediato y conmovedor éxito tuvo en cambio la ballena. Seis espíritus volantes sostenían el inmenso tablero con la efigie del monstruo. Resultó en extremo simpática a todos. Hubo una calurosa ovación.

Pero, ¿cómo recordar todos los episodios de la interminable reunión? Entre los *clous* más destacables, podemos citar algunas mariposas de vivos colores, la serpiente boa, la secoya, el *archaeopteryx*, el pavo real, el perro, la rosa y las pulgas, a cuyos tres últimos personajes les fue predicho un largo y brillante porvenir.

Mientras, y entre tanta multitud de espíritus que se apiñaban en torno al Omnipotente, sedientos de loas, había uno que iba y venía con un rollo bajo el brazo; fastidioso, muy fastidioso. De cara inteligente, eso sí, no podía negarse. Pero con mucha petulancia. Al menos una veintena de veces, abriéndose paso a codazos, había intentado ponerse en primera fila y llamar la atención del Señor. Pero su altanería molestaba. Y los colegas, a empujones, le empujaban hacia atrás.

Pero todo esto no bastaba para desalentarle. Insistiendo, logró por fin llegar a los pies del Creador y, antes de que los compañeros tuviesen tiempo de impedirlo, desplegó el rollo, ofreciendo a las divinas miradas el fruto de su ingenio. Eran los diseños de un animal con aspecto decididamente desagradable, si no francamente repelente, que, sin embargo, impresionaba por la diversidad de todo cuanto se había visto hasta entonces. A un lado estaba representado el macho y, al otro, la hembra. Como muchas otras bestias, tenía cuatro extremidades, pero, al menos a juzgar por los dibujos, para andar sólo usaba dos. De pelo sólo tenía algún que otro mechón aquí y allá, y especialmente sobre la cabeza, a modo de crines. Las dos extremidades inferiores. Las dos extremidades anteriores colgaban a ambos lados de modo bufo. El morro se parecía al de los simios, que ya habían sido sometidos a examen con éxito. La silueta no era ya fluida, armoniosa y compacta como la de los pájaros, los peces y los coleópteros, sino descoyuntada, torpe y, en cierto modo, indefinida, como si el dibujante, en el momento de la verdad, se hubiese sentido sin fe y cansado.

—No parece bello —observó, dulcificando con la amabilidad del tono la dureza de la sentencia—, pero quizá presenta alguna utilidad particular.

—Sí, oh Señor —confirmó el latoso—. Se trata, modestia aparte, de una invención formidable. Ese sería el hombre, y ésa, la mujer. Aparte los rasgos

exteriores, que admito que sean discutibles, he tratado de hacerles, en lo posible, si se me permite la inmodestia, a semejanza tuya, oh Excelso. Será, en todo lo creado, el único ser dotado de razón, el único que podrá darse cuenta de tu existencia, el único que te sabrá adorar. En tu honor erigirá templos grandiosos y combatirá guerras sangrientísimas.

—¡Ay, ay! ¿Un intelectual, quieres decir? —exclamó el Omnipotente—. Hazme caso, hijo mío. Cuidado con los intelectuales. El universo está exento de ellos, por fortuna, hasta ahora. Y deseo que permanezca así hasta la consumación de los siglos. No niego, muchacho, que tu invención sea ingeniosa. Pero, ¿puedes decirme su eventual logro? Dotado de cualidades excepcionales puede que sí. Sin embargo, a juzgar por su aspecto, tengo la impresión que sería fuente de incontables conflictos. Me complace mucho tu habilidad. Hasta me gustará darte una medalla. Pero me parece prudente renunciar. Ese tipo, por poca cuerda que se le diese, sería capaz, un día u otro, de crearme dificultades. No, no, dejemos eso.

Y le despidió con un gesto paternal.

El inventor del hombre se fue con la cara larga, entre las sonrisitas de sus colegas. Cuando se quiere demasiado siempre se acaba así. Y le tocó el turno al proyectista de los tetraónidas.

Fue una jornada memorable y feliz: como todas las grandes horas hechas de esperanza, espera de las cosas bellas que seguramente vendrán, pero que todavía no son; como todas las horas que significan juventud. La Tierra estaba al nacer con sus maravillas buenas y crueles, beatitudes y afanes, amor y muerte. La escolopendra, la encina, la tenia, el águila, el icteumón, el rododendro. ¡El león!

Seguía dando vueltas aquel latoso, pero que muy latoso, con su cartapacio. Y miraba, miraba hacia arriba, buscando en las pupilas del Maestro una mirada de contraorden. Otros eran, empero, los temas preferidos: halcones y armadillos y estafilococos e iguanodontes.

Hasta que la Tierra estuvo completa de criaturas adorables y odiosas, dulces y salvajes, horrendas, insignificantes, bellísimas. Un zumbido de fermentos, palpitaciones, gemidos, alaridos y cantos iba a nacer

de las selvas y de los mares. La noche caía. Los dibujantes, obtenido el visto bueno supremo, se habían ido, satisfechos, quién de una parte, quién de la otra. Cansado, el Sublime se quedó solo en la inmensidad, que se poblaba de estrellas. Iba a dormirse, apaciguado.

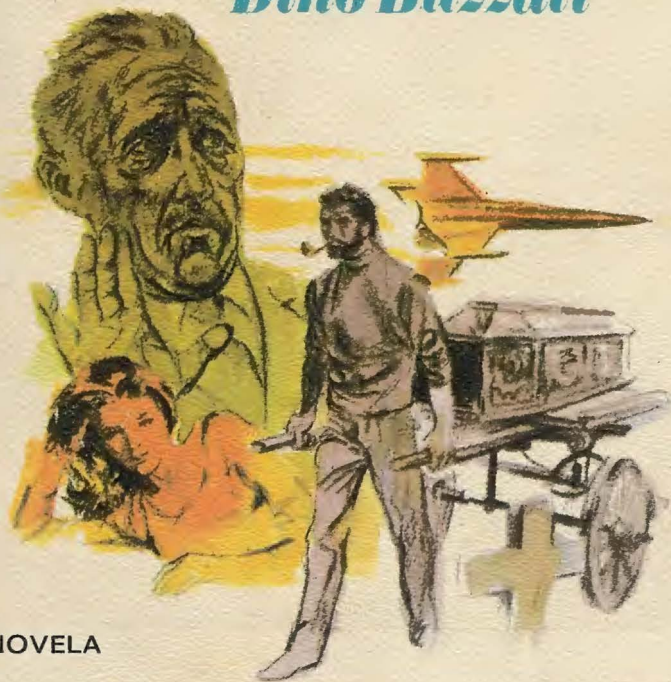
Sintió que le tiraban débilmente de una punta del manto. Abrió los ojos. Miró hacia abajo. Vio a aquel latoso que volvía a la carga: había vuelto a explicar su dibujo y le contemplaba con ojos implorantes. Pero, en el fondo, qué juego tan fascinante, qué terrible tentación. Después de todo, quizá, valía la pena, sucediese lo que sucediese. En tiempos de creación, además, también era lícito ser optimistas.

—Trae acá —dijo el Omnipotente, cogiendo el fatal proyecto.

Y lo firmó.

HISTORIAS DEL ATA RDECER

Dino Buzzati



NOVELA

manantial

